

desempeñó este doble cargo con tanta sabiduría y tanta capacidad, que los grandes del reino y los hombres de Estado no pudieron dejar de admirarla y respetarla. Sus consejeros íntimos eran los obispos, especialmente San Eloy, San Ouen y San Leger. No es, pues, extraño que, tomando tanto interés por el bien de la Iglesia y del Estado, consiguiese por una parte desterrar la simonía, que deshonraba entonces la Iglesia de Francia, y por otra abolir las exacciones y los impuestos que abrumaban al pueblo. Al mismo tiempo la santa reina multiplicaba los hospitales, fundaba abadías y edificaba monasterios. El famoso monasterio de Chelles le debió su origen. Esta era una casa real, á cuatro leguas de París, donde Santa Clotilde, que le había precedido en la dignidad real como también en la santidad, había establecido una casa de doncellas en honor de San Jorge, que se había convertido en ruinas. Pero la más importante de sus fundaciones fué el monasterio de Corbie, que se había hecho tan célebre en toda la Francia, donde esta gran reina, tan celosa por la propagación de la ciencia como por el triunfo de la fe, estableció, bajo la dirección de maestros hábiles que ella llamaba de todas partes, la enseñanza de toda clase de literatura, y que, después del famoso monasterio de Lerins, fué un foco de luz y una verdadera universidad de Francia. Finalmente, la regencia de esta mujer fué uno de los reinados más felices y más brillantes de Francia, que renovó las glorias y las maravillas del reinado de Santa Pulqueria. Ninguno soberano se ocupó tanto de la felicidad de sus pueblos, bajo el punto de vista religioso, científico y político. Pero su mayor gloria, en que no se ha fijado bastante la atención, es que, siendo mujer, y habiendo aprendido el amor y el respeto al hombre en el espíritu del Evangelio y no en las frias doctrinas de filosofía falaz, hizo lo que ningún hombre pensó hacer antes de ella: abolió en Francia la esclavitud, que existía todavía, y fué el primer soberano cristiano que proclamó este principio de derecho público francés, que constituye la mayor gloria de la Francia, á saber: que el cristiano no puede ser esclavo de nadie, y que todo esclavo se hace libre al poner el pie en el suelo francés. (Feller, *Art. Sanct. Vatild.*) Así, pues, los pueblos no pierden nada en ser gobernados por una santa mujer, aun cuando ella sea tan *supersticiosa* que no tenga más consejeros que los obispos.

§ XXXVII.—Retrato de San Luis, y su elogio por Voltaire.—Este gran santo y gran rey debió su grandeza y su santidad á Blanca de Castilla, su madre, la cuarta de las santas reinas de Francia.—Maravillas de su gobierno no durante la menor edad de su hijo y durante su ausencia por la primer cruzada.—Máxima que ella repetía con frecuencia á su hijo para infundir en él la santidad.—Las madres de familia no deberian olvidarla.

Todas las glorias de la cuarta gran reina de Francia se resúmen en estas palabras: *Ella tuvo por hijo á San Luis*. Ésta fué Blanca de Castilla, cuyo retrato vamos á trazar, tomando con placer los principales rasgos de una obra moderna, pequeña, pero elocuente, relativa á San Luis. «La Monarquía francesa, dice el autor, es más rica que todas las demas en individualidades poderosas. Ella ha tenido sobre el trono heroes, legisladores, genios, conquistadores y grandes políticos, que á su vez han sostenido y han pacificado al mundo. Pero San Luis fué la más alta personificación de la virtud, del heroísmo y de la piedad sobre el trono. En él brilló un conjunto de cualidades que parecian excluirse mutuamente y que ningún príncipe ha podido reunir. ¡Qué encanto derrama sobre la Historia esta figura, marcial y piadosa á la vez, grave y dulce, mística como la Edad Media!» (*Saint Louis Asens*, por el baron Chaillon des Barres.) El mismo Voltaire, en un pasaje en que la elegancia de la expresión compite con la verdad del pensamiento, hizo del reinado y del carácter de San Luis la apreciación siguiente: «Luis IX, dice, parecia un príncipe destinado á reformar la Europa, si ella hubiera podido ser reformada; él hizo á la Francia triunfante y culta, y fué en todo un modelo de los hombres. Su piedad, que era la de un anacoreta, no le despojó de las virtudes Reales; su liberalidad no se oponía á una sábia economía; él supo armonizar una política profunda con una estricta justicia, y tal vez él es el único soberano que merece esta alabanza. Prudente y firme en el consejo, intrépido en los combates sin ser orgulloso, compasivo como si siempre hubiese sido desgraciado, no es dado al hombre llegar á más alto grado de virtud.» Ved aquí lo que escribió Voltaire de San Luis, y ciertamente se ha dicho con mucha razón que el mayor de los milagros de San Luis es el de haber obligado al mismo Voltaire á hacerle esta justicia.

Pues bien; este gran santo y gran rey, el modelo más perfecto de los reyes santos y grandes, debió todo lo que fué á Blanca, su madre. El baron Chaillon dice tambien: «San Luis retuvo de la Edad Media, al cerrarla, la obediencia sin límites, cuasi ininteligible en la actualidad, del hijo á su madre. Ante ella desaparecian el caballero, el esposo, el padre y el rey, y no quedaba más que el hijo.» Esto era muy natural, añadimos nosotros, supuesto que él conocia bien que todo lo debia á su madre. «De este modo Luis IX, prosigue el mismo autor, permanece inseparable de su madre en la memoria de los hombres. Ella se asocia á los mejores actos de su reinado. Puede decirse que se inmortalizaron el uno por el otro. Á las virtudes del hijo debió la madre su gloria en la tierra, y á la sabiduría de la madre debió el hijo su santidad en el cielo..... No teniendo Blanca más que catorce años, se casó con Luis VIII, que tenía la misma edad. Ella unía á una rara belleza un espíritu elevado. Dotada de una razon sublime, llena de prudencia y de tacto, habia sabido adquirir un gran ascendiente sobre su esposo, y se refiere que áun el mismo Felipe Augusto, su suegro, en más de una circunstancia importante tomó con mucho gusto sus consejos. Su union con Luis VIII no fué alterada jamas por el más pequeño disgusto, cosa rara áun en el trono, y los historiadores han notado que en los veintiseis años que duró, no se separaron ni un solo instante.» Todo esto es de una rigurosa verdad histórica. Por consiguiente, no podemos ménos de admirarnos de que el mismo autor, á continuacion de este elogio de la reina Blanca, inserte un pasaje de Joinville, que lo destruye completamente, y que presenta á esta gran matrona como una pequeña mujer, celosa de su gloria, y á San Luis como un imbécil. Aunque Blanca no sea venerada en todas partes como santa, merecia serlo. Ella ha tenido calumniadores de su conducta (y ¿cuál es el gran personaje que no los ha tenido?); pero escritores célebres, apoyados en hechos incontestables, la han justificado plenamente. Por lo demas, esto mismo es lo que ha hecho el mismo baron Chaillon, añadiendo: «Luis VIII muere, Blanca de Castilla queda viuda, y el Rey, ántes de morir, la nombra Regente. ¡Regente, más que Reina! ¡Ser Rey y Reina á un mismo tiempo! Esta era una carga inmensa para una mujer; debió ser abrumadora para un hombre, por fuerte que fuese, en aquella época de convulsiones y de turbulencias. Blanca de Castilla la acepta.

La aceptacion podia pasar por intrepidez. Apenas sale San Luis de la infancia, se apresura su madre á mostrar en él el rey de Francia. Ella sabia inspirarle en los consejos, en los cuales tomaba él la palabra, y principiaba á mandar los ejércitos; al ménos Blanca le colocaba á la cabeza de ellos. Al mismo tiempo que retenia ella la autoridad, parecia que la entregaba á su hijo; conducta hábil, que iniciaba al jóven Rey en los negocios y preparaba á los pueblos para que le obedeciesen. Todas las minorías son difíciles de atravesar. Las regencias de las mujeres han encontrado siempre, especialmente en Francia, una fuerte oposicion. ¡Imagínese cuáles debian ser los obstáculos suscitados á la regencia de la reina Blanca, que ademas era extranjera! Trasladémonos al principio del siglo XIII, época en que el feudalismo estaba todavía en pié; recordémos aquella porcion de grandes vasallos independientes de la corona, procurando por medio de continuas guerras negar su supremacia y desconocer los derechos de la soberanía, y entónces comprenderémos cuántos esfuerzos, cuánta habilidad, cuánta prudencia y cuánta firmeza se necesitó en Blanca de Castilla para conservar y engrandecer el poder Real, que entregó á su hijo á la edad de veintiun años, y declarado mayor de edad en 1236..... ¿No es un espectáculo sublime y tierno seguir, al traves de aquellas épocas sombrías y llenas de rivalidades feroces, á esta Reina vigilante, cuya mano no deja jamas la de su hijo, como una madre que tiene que atravesar con su niño, en medio de la noche, una selva peligrosa?»

En efecto, Blanca supó disipar las ligas que los grandes vasallos de la Corona habian formado contra la autoridad Real. Ella continuó la guerra contra los albigenses, y unió las tierras de la Casa de Tolosa á la Corona de Francia. Ella obligó al Duque de Bretaña, que se habia rebelado, á entrar en su deber. Cuando se trató de dar al jóven Rey una esposa digna de él, el gran arzobispo de Sens, Gauthier, recibió esta instruccion severa de parte de la reina Blanca: «Que no hiciese para su hijo la peticion formal de la mano de Margarita, hija de Berenguer, conde de Provenza, sino despues de haber examinado bien á la jóven Princesa, y estar bien seguro de la solidez de sus principios, de la pureza de sus costumbres, de la bondad de su carácter y de la sinceridad de su religion.» Así esta madre, verdaderamente sabia, porque era profundamente cristiana,

debiendo casar á su hijo, cuidaba ménos de darle una princesa rica y poderosa que una princesa sabia y virtuosa.

Nombrada segunda vez regente del Reino con ocasion de la primera expedicion de San Luis á la Tierra Santa, cumpli6 ella este cargo, que las nuevas circunstancias hacian más difícil, con el más feliz resultado. En Francia con el cuerpo, pero con el corazon en Oriente, siguiendo á su santo y heroico hijo empeñado en una empresa tan grande y tan peligrosa, parecia que se multiplicaba en sí misma. Dedicándose toda entera á los cuidados del gobierno interior de un gran Reino, para hacer reinar en él la justicia, el órden y la paz, se dedicaba tambien toda entera á la gran lucha entre la Cruz y la Media luna, que San Luis, el gran capitán de la Cristiandad, sostenia en unos países tan remotos. Es imposible formar una idea de la sabiduría, de la prevision y de la actividad que Blanca desplegó ent6nces por el espacio de cinco años, con el fin de poder, sin vejar ni oprimir al pueblo, enviar al Oriente auxilios continuos en dinero, en armas y en soldados, y atender á las más pequeñas particularidades, y á que nada faltase por parte de la Francia para asegnrar el éxito de una expedicion sin ejemplo en la Historia, donde la gloria del nombre cristiano estaba tan empeñada como la gloria del nombre frances.

Finalmente, despues de Santa Pulqueria, ninguna princesa ha reunido mejor que la reina Blanca todos los talentos del hombre de Estado á la práctica de todas las virtudes del Cristianismo y de la más sincera y fervorosa piedad; ninguna princesa ha sabido mejor que ella gobernar un gran Imperio. Mas aún cuando ella no hubiese hecho todo esto, no por eso dejaria de ser una de las más brillantes figuras de la historia moderna, por haber educado tan bien á su hijo, que hizo de él un gran santo y un gran rey, y la gloria más brillante y más pura de la Monarquía cristiana. Pero los hombres políticos deben recordar que el gran ministro de la reina Blanca, su consejero, el depositario de toda su confianza y el ejecutor de sus misiones más importantes y más delicadas, fué el sabio y celoso Gauthier-Cornu, arzobispo de Sens, á quien Guillermo el Breton, en su *Philippide*, dirige este elogio: «Mientras que tu poder se ejerció ¡oh Gauthier! el fraude se ocultó, la paz fué grande y la honestidad reinó.» Las madres de familia no deben olvidar que, para imprimir profundamente en el alma de su hijo el horror

al mal y la exacta observancia de la ley de Dios y de la religion, le repetia Blanca con frecuencia: «Hijo mio, más bien quiero verte muerto que ver tu alma manchada con un pecado mortal.» Ved aquí una gran reina que no se arrepintió, como ni tampoco su pueblo ni su hijo, de haber tenido obispos por consejeros, y de haber tomado la religion por base de la educacion de su hijo y por regla de su política y de su gobierno.

§ XXXVIII.—Dos princesas de Francia en España, convirtiendo á sus esposos al Cristianismo.—Ingondra y su esposo San Hermenegildo.—Rigonta y su esposo Recaredo consiguen convertir á todo el reino á la verdadera fe.—Concilio de Toledo, en el que estos santos esposos proclaman la fe cat6lica, ley fundamental del Estado.—La monarquía cat6lica de España y la nacionalidad española, formadas por la accion de las mujeres, bajo la influencia y por el modelo de la monarquía y la nacionalidad cristiana de Francia.—Santa Isabel, reina de Portugal.

Uno de los títulos más gloriosos para la Francia es el de *hija primogénita de la Iglesia*, no porque la Francia fuese el primer país del mundo convertido al Cristianismo, sino porque la monarquía cat6lica, unida á la Iglesia y consagrada á la Iglesia, se estableció por primera vez en Francia, y de la Francia y por la Francia se propagó despues y se estableció en el resto de Europa. Pero sólo por medio de las mujeres ejerció la Francia esta grande é importante mision.

En primer lugar, la monarquía cat6lica de España fué fundada por la sangre del rey San Hermenegildo y por el celo y la profunda piedad del rey Recaredo, su hermano. Pero habiendo perdido Hermenegildo y Recaredo á su madre, siendo todavía niños, quedaron en poder de Leovigildo, su padre, arriano obstinado; y por lo mismo, aunque eran hijos de una fervorosa cat6lica, Santa Teodosia, hermana de San Leandro, arzobispo de Sevilla, fueron educados en el arrianismo. Es verdad que, segun San Gregorio el Grande, San Leandro, su tio, fué quien instruyó despues á estos dos hermanos en la religion cat6lica y los reconcilió con la Iglesia; pero tambien es cierto que ellos fueron convertidos y santificados por sus esposas, que estas dos esposas fueron dos princesas de Francia, y que ellas llevaron á España las ideas, los principios, los senti-

mientos y las instituciones de la monarquía católica que Santa Clotilde había establecido en Francia.

La esposa de San Hermenegildo fué Indegonda, hija de Sigisberto de Austrasia. Educada en la corte de Francia, era tan fervorosa católica como obstinada arriana era su suegra Gosvinda, la segunda mujer de Leovigildo. Apenas llegó á España Indegonda, comenzó á ser atormentada por Gosvinda, á fin de que consintiese en hacerse bautizar y profesar el arrianismo. Pero la jóven princesa se resistía siempre, diciendo con valor: «Me basta con haber sido purificada una vez del pecado original por el bautismo, y haber confesado á la Santísima Trinidad en una perfecta igualdad de Personas. Yo protesto creer este misterio con todo mi corazón, y jamás me apartaré de esta creencia.» Excitando esta firmeza católica de la jóven princesa el furor de su perseguidora, ésta la arrastraba de los cabellos y la maltrataba á empellones hasta hacerla verter sangre. De este modo Indegonda fué verdaderamente rebautizada, pero no con agua por el sacerdote arriano para hacer de ella una apóstata, sino con su propia sangre, por su suegra, que se había hecho su verdugo, y que hizo de ella una mártir.

Penetrada de tales sentimientos por la fe católica, es fácil deducir que se valió de todos los medios posibles para convertir á su regio esposo. Este se resistió por mucho tiempo; mas al fin, con el auxilio de San Leandro, consiguió Indegonda triunfar de él, y Hermenegildo se hizo católico. Esta gloriosa conquista de Indegonda excitó la cólera de su padre, que movido por Gosvinda, su desventurada mujer, desterró de España á Indegonda y á San Leandro, y emprendió la guerra contra su propio hijo, San Hermenegildo, rey de Sevilla, decidido á perderle si no apostataba. La suerte de las armas, disponiéndolo así Dios para su mayor gloria, no fué favorable á San Hermenegildo. Entregado por los griegos y abandonado por los romanos, cayó en manos de su desnaturalizado padre, y fué puesto en prisión, donde ciertos obispos arrianos, enviados por Leovigildo, procuraron, más bien con horribles amenazas que con razones, atraerle á su secta. Mas las exhortaciones y los ejemplos de su santa esposa, á quien él había visto sufrir con tanto valor los más rudos combates por la fe, habían hecho una impresión demasiado profunda en su bella alma, para que las amenazas de una muerte cierta pudiesen hacerle vacilar en su resolución de perma-

necer constante en la confesión de la verdadera religión. Por una causa tan honrosa recibió él con calma, y aún con alegría, la muerte por la orden brutal de aquel que le había dado la vida, é Indegonda tuvo el gozo de saber que, siendo ella mártir, había contribuido á hacer de su esposo un mártir. (Greg. Turon., lib. IX; San Greg. Magn., *Dial.*, lib. III.)

La sangre de San Hermenegildo, como ha sucedido con la sangre de todos los mártires, fué una semilla de nuevos cristianos en el suelo de España, que fué regado con ella. Ella alcanzó la conversión de toda su raza, comenzando por la conversión del mismo que la había hecho derramar. Apenas había cometido Leovigildo el horrible crimen de matar á su hijo, cuando se llenó de espanto y de vergüenza; él lloró con lágrimas de sangre al santo mártir, y mucho más lloró sobre sí mismo, que había sido su verdugo; y según algunos historiadores, abjuró el arrianismo y murió católico. Lo que es indudable, según San Gregorio el Grande, que lo había sabido por su íntimo amigo San Leandro, es que Leovigildo hizo llamar á San Leandro, su hermano político, le encomendó, al morir, su hijo Recaredo, y le suplicó le convirtiese al Catolicismo. (S. Greg. Mag., *loc. cit.*)

Pero Recaredo se había casado ya con una princesa de Francia; ésta era Rigonta ó Bado, que Chilperico, rey de la Neustria ó de Soissons, había tenido de Andovera, su legítima esposa, y á quien, por causa de una intriga urdida por la horrible Fredegonda, había encerrado en un monasterio. Aunque Rigonta era hija de Chilperico, á quien Gregorio de Tours llama el Neron y el Heródes de su tiempo, había heredado la fe y la piedad de su madre. Casada con Recaredo, su primer pensamiento y sus primeros cuidados fueron atraer á su jóven esposo á la fe de la Francia, al Catolicismo, y lo consiguió. Así fué que San Leandro, á quien Leovigildo había dado el encargo de convertir á Recaredo á esta misma fe, no tuvo que hacer más que acabar su instrucción, ungirle con el santo crisma y hacerle entrar en el redil de la Iglesia. Pero Bado no sólo hizo de Recaredo un católico, sino que, caminando por las gloriosas huellas de su ilustre abuela, Santa Clotilde, hizo también de él el apóstol de su pueblo y el fundador de la monarquía católica en España, como Clodoveo lo había sido en Francia.

En efecto, apenas se hizo Recaredo católico, cuando comenzó por

hacer una ley, siempre bajo las inspiraciones de su esposa, de que ningun hereje pudiese ser admitido á servir en el ejército ni en los cargos públicos del Estado. Despues reunió en torno suyo á todos los obispos arrianos de sus dominios, y les habló con tanta sabiduría, con tanta fuerza y con tanta unción, que ellos no vacilaron un instante en rendirse, más bien á sus razones que á su autoridad, y declararon que querian unirse á la verdadera Iglesia con los pueblos que habian extraviado. Él envió la noticia de su conversion á la provincia narbonense, que estaba tambien bajo su dominio, y los herejes, que los habia allí en gran número, no tardaron en seguir su ejemplo. Así fué que en ménos de un año todos los visigodos fueron convertidos á la fe católica. Los suevos, que habitaban la Galicia, habian sido convertidos ya por Chararico, su rey, pero tambien por la influencia de la Francia; porque sólo despues de haber obtenido la curacion de su hijo único de una enfermedad desesperada, por la aplicacion de las reliquias de San Martin de Tours, fué cuando Chararico le hizo erigir una iglesia, abolió el arrianismo en sus Estados y mandó por una ley que no se profesase otra fe que la del gran apóstol taumaturgo de la Gaula, y de este modo se hizo católica toda la parte occidental de la península ibérica. Así, pues, Recaredo, que habia reunido á su corona esta gran provincia, no tuvo que hacer más que animar á los católicos, que estaban abatidos por la persecucion que les habia hecho su padre, y reparar los daños que esta persecucion habia causado entre ellos. Por consiguiente, el reinado de Recaredo en España fué el fin de la herejía arriana, y un año le bastó para destruir en este país aquel error capital que habia dominado en él por espacio de dos siglos.

Para afirmar á todos los pueblos en la verdadera fe, reunió Recaredo en Toledo un Concilio de todos los obispos de la Península, en número de sesenta y cuatro, al que quiso asistir él mismo con todos los representantes de la nacion, y con su esposa, que era el gran motor y el alma de aquel gran pensamiento. Él remitió á los Padres su profesion de fe acerca de la Santísima Trinidad, firmada por él y por la Reina, rogándoles que la examinasen bien, y que, en el caso de que la encontrasen ortodoxa, la hiciesen leer en público. Despues de esto, dirigió el santo Rey al Concilio una tierna alocucion, en la que, entre otras cosas, decia: «Desde el primer

instante de mi reinado he procurado, y por la gracia de Dios he conseguido, atraer á todos mis súbditos á la unidad de la fe y de la Iglesia católica. Vosotros teneis aquí á toda la ilustre nacion de los godos, que aún cuando hasta ahora ha estado separada de la Iglesia universal por la malicia de sus doctores, vuelve hoy conmigo á ella de todo corazon. Vosotros teneis tambien aquí á la nacion tan numerosa de los suevos, que aún cuando fué extraviada por otros, ha sido atraida á la unidad de la verdad por nuestros cuidados. *Yo ofrezco á Dios todos estos pueblos, por vuestras manos, como un sacrificio agradable á Dios.* A vosotros corresponde instruirlos. Yo declaro que anatematizo á Arrio, su doctrina y sus cómplices. Yo recibo el Concilio de Nicea, el Concilio de Constantinopla contra Macedonio, el primer Concilio de Efeso contra Nestorio, y el Concilio de Calcedonia contra Eutiques y Dióscoro. Recibid, en consecuencia de esto, la declaracion de Nos y de nuestra nacion, escrita y firmada por nuestra mano, que acabo de entregaros, y guardadla entre los monumentos canónicos para que sea un testimonio, ante Dios y ante los hombres, de que estos pueblos, sobre los que tenemos, en nombre de Dios, el poder soberano, habiendo dejado su antiguo error, han recibido en la Iglesia el Espíritu Santo, por la unción del santo crisma y la imposicion de las manos, confesando que este Espíritu consolador es igual en poder y una misma cosa con el Padre y el Hijo. Si en lo sucesivo quisiere alguno desdecirse de esta santa y verdadera fe, que Dios le castigue con el anatema de su cólera.»

Habiendo acabado de hablar el Rey, el presidente del Concilio exclamó: «¡Gloria á Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que se ha dignado dar la paz y la unidad á su santa Iglesia católica! ¡Gloria á nuestro Dios Jesucristo, que con el precio de su sangre ha reunido la Iglesia católica de todas las naciones, y ha llamado á una nacion tan ilustre á la unidad de la verdadera fe! Y ¿quién ha merecido de Dios una corona inmortal, una recompensa eterna, una gloria en el tiempo y en la eternidad, sino el Rey, verdaderamente católico, Recaredo? ¡Él ama verdaderamente á Dios! Él ha conquistado á la Iglesia nuevos pueblos, ha ejercido con ellos el ministerio de apóstol y ha merecido la recompensa de su apostolado! ¡Sea, pues, para siempre amado de Dios y de los hombres el que tan maravillosamente ha glorificado á Dios en la tierra!» Á estas

palabras se levantó toda la asamblea, y exclamó, llena de júbilo: ¡Amen, Amen!

Ved aquí, pues, la alianza perpétua entre España y la Iglesia, legalmente estipulada y solemnemente proclamada por los representantes legítimos de la una y de la otra. Habiendo constituido sus sesiones este Concilio, que fué el tercero de Toledo, hizo unos cánones tan importantes y tan preciosos para el Estado y para la Iglesia, que se hizo célebre para siempre en el mundo cristiano. Habiendo sido confirmados estos cánones por la suprema autoridad eclesiástica, los adoptó el Rey sin variar en ellos cosa alguna y los hizo publicar como leyes del reino. De este modo se constituyó la fe católica como la primera ley fundamental de la monarquía española, y esta grande y poderosa monarquía se estableció desde este momento sobre la base de la fe católica. De este modo se formó la nacionalidad española de los restos de diferentes pueblos, por el vínculo de la unidad de la verdadera fe, y la Providencia preparó desde entónces en esta nación aquel pueblo misionero que debía llevar un día la antorcha del Cristianismo á un nuevo mundo. De este modo se renovó en España el prodigio que se había obrado en Francia un siglo ántes, de una nación que se constituye en masa políticamente católica. De este modo, en fin, habiendo venido la herejía de Grecia á España, las formas de una constitución católica vinieron de Francia; porque Rigonta, princesa de Francia, fué quien, con el auxilio de San Leandro, hizo de Recaredo el primer rey católico de España, y de la misma España la segunda de las naciones católicas, así como su gloriosa abuela, Santa Clotilde, con el auxilio de San Remigio, había hecho de Clodoveo el primer rey cristiano de Francia, y de la Francia la primera de las naciones católicas, *la hija primogénita de la Iglesia*. Es necesario, pues, convenir en que ninguna misión de hombres ha sido más fecunda ni más grandiosa que la de estas dos mujeres.

No debemos salir de la península ibérica para ir á admirar á las santas reinas del resto de Europa, sin consagrar algunas palabras á Santa Isabel, reina de Portugal, que renovó en ese reino las maravillas que la gran reina del mismo nombre, su tía, había obrado en Hungría. Desde su infancia se mostró ella tan retirada de todas las vanidades y las pompas del siglo, y tan inclinada á las obras

de la penitencia, de la devoción y de la caridad, que se la consideraba y se la veneraba como á una pequeña santa, y que únicamente al mérito de sus virtudes y de sus oraciones atribuía el rey de Aragon, su padre, el triunfo de sus armas contra los moros, la felicidad de todas sus empresas y la prosperidad de su reino (1). La fama de las altas cualidades de su espíritu y de su corazón, lo mismo que de su cuerpo, se había divulgado tanto, que muchos príncipes se disputaron su mano, hasta que fué desposada con Dionisio, rey de Portugal. (*Ibid.*) Sobre el trono continuó ella sus ejercicios de piedad, sus penitencias y sus obras de caridad, que Dios confirmó muchas veces con brillantes prodigios (*Ibid.*); añadiendo á esto los cuidados más asiduos en educar á sus hijos en el santo temor de Dios, y en contribuir al esplendor de la religión y á la felicidad de sus pueblos. Ella cubrió el suelo de Portugal de iglesias, de monasterios y de colegios; el célebre convento de Coimbra, lo mismo que los más grandes y los más útiles establecimientos del reino, le deben su origen. Sus delicias consistían en adornar por sí misma los altares. Cuando daba limosna á los pobres, parecía que ella era la que debía estar agradecida, y no ellos, y apenas se atrevía á decirles que rezasen por ella un *Ave María*. La santa reina tenía también una destreza maravillosa para apaciguar las discordias de los reyes, y de este modo, como un verdadero ángel de paz, impidió ó hizo cesar las guerras ruinosas ó funestas á su pueblo, lo mismo que á los pueblos vecinos. Siendo de una constitución débil, y que sus ayunos continuos habían debilitado más, jamás se permitía un momento de reposo cuando se trataba de socorrer á los desgraciados ó de conjurar las calamidades públicas del reino (2). Finalmente, habiendo sido un perfecto modelo de vírgenes en su juventud, de esposas y de madres durante su matrimonio, lo fué también de viudas después de la muerte del Rey; porque habiendo tomado en el instante mismo el hábito de las religiosas de Santa Clara, y asistiendo vestida de él á los funerales de su esposo, abandonó la corte y fué á encerrarse en el convento de Coimbra. Mas al aban-

(1) «Rerum suarum, regnique felicitatem unius filiae meritis referebat acceptam.» (*Brev. Rom.*, 8 Jul.)

(2) «In regum discordiis componendis admirabilis fuit; in privatis publicisque mortalium sublevandis calamitatibus indefessa.» (*Ibid.*)

donar las grandezas del mundo, no abandonó el pensamiento de socorrer á todos los necesitados. Por el contrario, de tal modo se dedicó á este noble ministerio de la mujer católica, que, ocupada totalmente por el cuidado de alimentar á los pobres, de proteger á las viudas, de defender á los pupilos y de consolar á todos los desgraciados, no parecia que vivia sino para Dios y para el bien de todos (1). Nó es, pues, extraño que fuese canonizada, apenas murió, instintivamente y con entusiasmo por sus pueblos agradecidos, ántes de serlo canónicamente por el papa Urbano VIII. Los pueblos cristianos han sabido siempre y en todas partes apreciar perfectamente y reconocer los servicios que las santas reinas les han hecho.

§ XXXIX. — La monarquía y la nacionalidad inglesa fueron tambien obra de una princesa de Francia, Santa Berta, hija de Chariberto, rey de París. — Ella fué quien convirtió al rey Etelberto, su esposo, y á la nacion inglesa al Cristianismo. — San Eduardo, rey tambien de Inglaterra, santificado por su madre y por su esposa, con la que vivió guardando la virginidad. — Felicidad y gloria de su reinado, debidas á su santa esposa.

La monarquía católica de Inglaterra fué fundada igualmente por el celo de una mujer, y esta mujer fué tambien una princesa de Francia. Esta fué Santa Adelberga, llamada tambien Berta, hija de Chariberto, rey de París y de Aquitania, y de Santa Ingomberga, á quien su indigno esposo habia repudiado para casarse con otras tres mujeres á un mismo tiempo, que fueron Teodechilda, hija de un pastor, y las dos hermanas Merofleda y Marcovefa, hijas de un cardador de lanas y criadas de su legítima esposa. No pudiendo la Iglesia consentir semejante escándalo, que convertia una córte cristiana en serrallo, y á un rey de Francia en sultan, Chariberto fué excomulgado por San German, obispo de París, y poco tiempo despues murió, habiendo durado sólo seis años su triste reinado. Aprovechándose Ingomberga de su desgracia, se retiró al momento del mundo con Berta, su hija única, de quien hizo una

(1) «Alendis pauperibus, protegendis viduis, defendendis pupillis, miseris omnibus juvandis intenta, non sibi, sed Deo, et mortalium omnium commodis vivebat.» (Brev. Rom., 8 Jul.)

santa, despues de haberse santificado á sí misma, porque espiró como una verdadera santa en los brazos de San Gregorio de Tours, á quien habia mandado llamar para que la asistiese en sus últimos momentos. Santa Berta, su hija, fué pedida en matrimonio por Etelberto, rey de Kent, en la Gran Bretaña. Pero este príncipe era todavía idólatra, y Berta habia heredado la fe y la piedad de su santa madre; por consiguiente, no consintió en su matrimonio sino con la condicion de que se le habia de dejar el libre ejercicio de la religion cristiana. Habiendo sido aceptada esta condicion, Santa Berta llevó consigo á Inglaterra, en cualidad de su limosnero, á San Letardo, obispo de Senlis; «y ella fué, dice M. Rohrbacher, quien contribuyó más á la conversion del Rey, su esposo, y á la de toda la nacion inglesa.» (Lib. XLVI.) Pero Santa Berta no se contentó con haber hecho de su esposo un cristiano, sino que hizo de él un santo; porque Etelberto se halla en el número de los santos ingleses. Santa Berta se valió de San Letardo, como Santa Clotilde de San Remigio, y valiéndose de sus luces y del ascendiente que habia adquirido sobre el Rey, la santa Reina hizo tambien de su esposo el Clodoveo, el Recaredo de Inglaterra, el primer rey que hizo del catolicismo la ley fundamental de su Estado, y que reunió á todos sus súbditos en la unidad de la fe católica. Y ved aquí otro gran reino conquistado á la Iglesia por un nuevo San Remigio y por una nueva Santa Clotilde. Por lo demas, este fenómeno histórico se reproduce con mucha frecuencia en la historia de la Iglesia, porque en ella vemos que todas las grandes conversiones de un rey ó de un pueblo han sido hechas por un obispo cuando una mujer ha preparado el terreno y ha suministrado los medios; es decir, con la ayuda y la cooperacion de una mujer.

La Inglaterra se acuerda tambien con un justo orgullo de su rey San Eduardo, llamado *el Salvador*, porque salvó á aquel país de los dinamarqueses, que lo asolaban. Pero este gran príncipe y gran santo á la vez fué educado en las virtudes y en las obras de su rango por Santa Pomma, su madre, y por Santa Edita, su esposa. Con la más tierna piedad le habia inspirado su santa madre un horror tal al pecado, y un amor tan grande á la inocencia del alma y á la castidad del cuerpo, que obligado á dejar la Inglaterra á la edad de diez años y á refugiarse en la córte de su tío el duque de Normandía, el jóven Eduardo supo conservar allí la piedad de un